

¡OLÉ!

Desde muy temprano había sido una niña bien parecida y poco a poco fue adquiriendo buenas habilidades sociales, de manera que tenía un éxito arrollador con los chicos. Todos, tanto en el colegio como en el instituto, se enamoraban de ella, algunos no querían reconocerlo porque sabían que tenían pocas posibilidades de conseguir satisfacer sus deseos, otros se hacían el longuis como que pasaban de todo y los menos, que solían ser los más resultones y atrevidos, iban descaradamente detrás de ella. Hubo peleas, mordiscos, patadas, insultos, etc. No se trataba de jugar limpio sino de conseguir el premio.

Al final el vencedor absoluto debió de ser mi padre. Esto no lo puedo aseverar porque, cuando mi madre llegó a este punto, dejó de hablar drásticamente y, torciendo el morro, se marchó a la cocina a terminar la faena.

Desde que tengo uso de razón sé que el futuro puede adivinarse. Cuando yo tenía unos ocho años, mi madre estaba estudiando oposiciones. Un día apareció en su frente un párrafo subrayado en amarillo de un tema que le costaba aprender. Resulta que esta fue una de las preguntas del examen. Entonces determinó sacar provecho de estas dotes, según ella, sobrenaturales.

Tras dos años de entrenamiento, al final consiguió visualizar, durante tres semanas consecutivas, con dos días de antelación el número que el sábado obtendría el primer premio del sorteo de la Lotería Nacional. A la cuarta semana solicitó información para que le dijeran dónde se estaba vendiendo el número visualizado. Ni corta ni perezosa se marchó a Córdoba en el AVE y regresó justo para hacer la cena. Mi padre no paraba de refunfuñar con su lengua de trapo: que qué pintaba ella en Córdoba, que si se creía que la lotería tocaba así como así, qué desde luego, qué fijate...Después de cenar, como todos los días, ella me dio un beso, me mandó a la cama y, acto seguido, llenó la bañera, echó las sales y se sumergió en ella. Él seguía dale que te pego con la monserga. A eso de las doce, los dos roncaban a pleno pulmón.

El sábado fue un día extraño. Todas las cifras del primer premio correspondían con las de los tres décimos de mi madre. Yo me puse muy contento pero ella no tanto. Tras comprobarlo, espero a qué mi padre volviera a casa y en la misma puerta le espetó que, puesto que no había colaborado en la empresa, ahí se quedaba, que ella se marchaba conmigo y con el dinero. Este se llevó tal disgusto que cayó desplomado como una tabla

en el suelo. Hizo un ruido espantoso. Los ojos en blanco. No respiraba. La había palmado en el acto, infarto galopante, estaba claro.

Yo, más perplejo que asustado, me puse muy serio y puntualicé que me parecía fatal lo que su decisión había desencadenado, que no era de recibo la manera en que había actuado. Ella me miró de arriba a abajo y luego de abajo a arriba y otra vez de arriba a abajo y, al final, soltó:

- Tú no te metas en asuntos de mayores.

No escuché sus palabras porque estaba muy triste y cariacontecido. Tal como estaban las cosas, pensaba, a ella la encerrarían de por vida en la cárcel y yo acabaría en un orfanato o, lo que era peor, en un centro de menores.

Me di la vuelta para mirar al muerto. Un torrente de agua caía sobre su cabeza. Abrió los ojos espantado. Mi madre venía con otro cubo. Tras recibir el segundo chaparrón, se levantó como alma que lleva el diablo. Dio varios traspies y, señalándola con el dedo índice, quiso decir algo pero de su boca, como de costumbre, no salió nada coherente y claro.

Ahora, varios años después de estos acontecimientos que tanto marcaron mi vida, mi padre, aunque tiene el pelo cano, ya habla claro, mi madre va dos veces por semana a la peluquería, y yo, ¡qué casualidad!, vivo en Córdoba con una jerezana y, de vez en cuando, bailo sevillanas.